

CAPITULO VIII.

ESPANTOSOS SUFRIMIENTOS DE LOS SITIADOS.—ÁNIMO DE GUATEMOTZIN.

—ASALTOS SANGRIENTOS.—PRISION DE GUATEMOTZIN.—EVACUACION DE LA CIUDAD.—FIN DEL SITIO.—REFLEXIONES.

Para apresurar la ruina de los aztecas, no era necesario ocurrir á medios artificiales: á cada hora se aceleraba por causas mucho mas poderosas que las que se deriban nada mas del esfuerzo humano. Estas eran el hallarse encerrados en sus estrechos y mal ventilados cuarteles, nobles, plebeyos, y esclavos; hombres, mugeres y niños; algunos dentro de las casas pero mas frecuentemente bajo cobertizos, por no ser la mejor esta parte de la Ciudad, y otros enteramente al raso en las canoas ó en las calles, tiritando de frio en medio de las heladas lluvias por la noche, ó quemados por los abrasadores rayos del sol durante el dia (1). Un antiguo cronista menciona el hecho de dos señoras nobles que estuvieron tres dias metidas hasta el cuello en la agua, entre las cañas, con un puñado de maiz por todo alimento (2). Los medios comunes para sostener la vida se habian estinguido desde mucho tiempo antes; y los mejicanos buscaban por todas partes cualquiera cosa por dañosa y repugnante que fuese, para mitigar la horrorosa hambre que los devoraba. Algunos andaban á caza de los gusanos y otros insectos de las riveras de la laguna, ó juntaban las yerbas saladas y el musgo que se criaba en el fondo de la misma laguna, arrojando tristes miradas á las verdes colinas que mas allá de la laguna se distinguian y que muchos de los defensores de la ciudad habian abandonado por seguir la suerte de sus hermanos de la capital.

Sin embargo de hallarse reducidos á tal estremidad, los escritores españoles aseguran que jamas llegaron á violar las leyes de la naturaleza, comiéndose unos á otros (3); mas desgraciadamente esto está contradicho por autoridades indias, las cuales afirman que muchas madres en medio de su

(1) "Estaban los tristes mejicanos, hombres y mugeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos, en un lugar bien estrechos y bien apretados los unos con los otros y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte." Sahagun, Hist. de N. España, MS. lib. 12, cap. 39.

(2) Torquemada supo esta anécdota por un sobrino de estas matronas indias, que era ya muy anciano á la sazón. Monarq. Ind. lib. 4.º cap. 102.

(3) Ibid ubi supra. Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 156.

agónia devoraron á sus hijos, á quienes no tenían ya modo ninguno de mantener. La historia presenta ejemplares semejantes en mas de un sitio, y es mas probable que haya así sucedido en Méjico, donde la sensibilibidad es preciso que estuviera embotada con las brutales prácticas de la supersticion nacional, que eran tan familiares á sus habitantes (4).

Mas esto aun no era bastante; y bajo el peso de tantos sufrimientos, succumbian dia con dia centenares de infelices víctimas del hambre. Arrastrándose llegaban algunos á las habitaciones, y allí solos y en silencio exhlaban el último aliento; otros caian en las calles; y donde les cogia la muerte, allí permanecian sin que hubiera quien los enterrase, ó siquiera los hiciese á un lado. La misma familiaridad con tales espetáculos, los llegó á volver indiferentes respecto de ellos, y los consideraban con muda desesperacion, esperando cada uno que le fuera llegado su turno. Ninguna queja, ningun lamento se oia en medio de aquel profundo infortunio, que la pluma no puede describir.

Si en los otros cuarteles de la capital se veian esparcidos algunos cadáveres, en éste se hallaban reunidos en montones. "Tantos eran, dice Bernal Diaz, que no era posible andar sino entre cadáveres (5)." "No se podia asentar el pié, dice Cortés, con mas fuerza, sino sobre el cadáver de un indio (6)." Estaban amontonados unos sobre otros; y los vivos entremezclados con los muertos, se tendian sobre los cuerpos de sus amigos y allí dormian. La muerte se encontraba por todas partes. La ciudad era un vasto cementerio, y todo cuanto en ella habia se precipitaba hácia la muerte y hácia la corrupcion. De esta masa de podredumbre, bajo la accion alternativa de la lluvia y del calor, se exhalaba un vapor mortífero de que estaba impregnada toda la atmósfera, de manera, que los españoles, incluso el general, en sus breves visitas á este cuartel salieron enfermos; de donde se ori-

(4) "De los niños, no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comian (que era gran lástima de ver, y mayormente de sufrir.)" (Sahagun Hist. de N. Esp. MS. lib. 12, cap. 39). El historiador tuvo esta relacion de los mejicanos, poco después de los sucesos. No se puede menos de recordar las terribles maldiciones de Moises. "La muger delicada acostumbrada á una vida blanda, que no podia ni andar y que apenas asentaba el pié sobre la tierra por su demasiada molicie y delicadeza, rehusará dar á su marido que duerme á su lado de la carne de su hijo y de su hija... porque se comerán en secreto á sus propios hijos, por no tener otra cosa de que alimentarse en la hambre cruel, á que durante el sitio te reducirán por la fuerza los enemigos, en el recinto de las ciudades." Deuteronomio, cap. 28, vs. 56, 57.

(5) "No podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos." Hist. de la Conquista, cap. 156.

(6) "No tenían donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos." Rel. Tere. ap. Lorenzana, pág. 291.

ginó una peste de la que pereció mayor número de personas todavía que de la hambre (7).

Inquietos con tan estraños y multiplicados horrores los ánimos de los sitiados, ocurrían á todos los ritos supersticiosos que prescribía su religion para contener los estragos de la peste. A sus instancias invocaron sus sacerdotes el amparo de sus dioses; pero los oráculos habian enmudecido ó daban solamente respuestas oscuras. Sus dioses los habian abandonado, y en lugar de favores mostrábase señales de la ira celeste, que predecian infortunios todavía mayores para en adelante. Muchos, concluido el sitio, declararon, que entre otros prodigios habian visto una corriente de luz de un color rojo sanguíneo, que partía del Norte en la direccion del Tepeyacac y con sorprendente ruido, como de un torbellino, recorrió toda la circunferencia del distrito de Tlatelolco, arrojando centellas y láminas de fuego, hasta que se lanzó á lo lejos en el centro de la laguna (8). En el desórden de sus nervios, sus sentidos todos estaban bajo el dominio de un misterioso terror, de manera, que aun los acontecimientos mas comunes, les parecían otros tantos prodigios, y los fenómenos mas frecuentes de la naturaleza, eran tenidos por milagros (9). Aturdidos con tanta calamidad, su razon se estrañaba, y vinieron á ser juguete de los mas absurdos y supersticiosos caprichos.

En medio de estas tremendas escenas, el jóven emperador de los aztecas, segun de comun acuerdo aseguran todas las relaciones, se mantenía impávido y valiente. Aunque tenía á su vista su hermosa capital convertida en un monton de ruinas, á sus nobles y leales súbditos espirando á su lado, su territorio palmo á palmo desmembrado hasta el extremo de no quedarle ya apenas mas que el terreno que pisaba, rechazó siempre las invitaciones que se le dirigieron á fin de que capitulase, mostrando la misma fortaleza indómita que al principio del sitio. Cortés con la esperanza de que las calamidades que sufrían los sitiados, los inclinarian á escuchar algunas proposiciones de acomodamiento, persuadió á un noble prisionero á que llevase á Gua-

(7) Bernal Díaz, *Ibid ubi supra*. Herrera, *Hist. cen. déc.* 3, lib. 2, cap. 8. Sahagun, *Hist. de N. Esp.* MS. lib. 12, cap. 41. Gonzalo de las Casas, *defensa* MS. cap. 28.

(8) "Un torbellino de fuego como sangre envuelto en brasas y en centellas, que partía de hácia Tepeyacac (que es donde está ahora Sta. María de Guadalupe), y fué haciendo gran ruido, hácia donde estaban acorralados los mejicanos y Tlaltilulcanos; y dió una vuelta por en rededor de ellos, y no dicen si los empeció algo, sino que habiéndolo dado aquella vuelta, se entró por la laguna y allí desapareció." Sahagun, *Hist. de N. Esp.* MS. lib. 12, cap. 40.

[9] *Inclinatis ad credendum animis, dice el filosofo historiador romano, loco omnium etiam fortuita.* Tácito, *Histor.* lib. 2, Sec. 1.

timotzin ciertas proposiciones al efecto; mas el jóven monarca, segun refiere el mismo general, ordenó al instante que fuese sacrificado (10). Es preciso no olvidar que es un español el que refiere esto.

Cortés que habia suspendido las hostilidades con la vana esperanza de que la penosa situacion que guardaban los mejicanos llegaria á inclinarlos á someterse, determinó arrastrarlos á este resultado por medio de un asalto general, para cuyo intento le favorecia la circunstancia de tener á los mejicanos encerrados en un estrechísimo cuartel de la ciudad. Mandó, pues, á Alvarado alistarse y previno á Sandoval que tenía el mando de la calzada, y ademas el de la escuadrilla, anclada á corta distancia del distrito de Tlatelolco, sostuviese el ataque, dirigiendo su artillería sobre las casas inmediatas. En seguida con sus fuerzas entró á la ciudad, ó mas bien al espantoso desierto que la rodeaba.

Al entrar en el recinto ocupado por los indios salieron al encuentro algunos de los principales, que alargándole sus enflaquecidos brazos, exclamaron: "Sois los hijos del sol. El sol es veloz en su carrera; ¿por qué, pues, sois vosotros tan tardíos? ¿por qué tardais tanto en poner fin á nuestras miserias? Matadnos de una vez para subir al seno de nuestro dios Huitzilopochtli, que nos aguarda en el cielo, para darnos el deseanso que merecen nuestros sufrimientos (11)."

Cortés, conmovido con tan lastimera demanda, contestó, que no deseaba su muerte, sino solamente su sumision: "¿Por qué se niega vuestro señor á tratar conmigo, les dijo, cuando una hora solamente me basta para sojuzgarlo á él y á toda su gente?" Y en seguida procuró empeñarlos en que obligasen á Guatemotzin á abrir pláticas con él, con la seguridad de que podria hacerlo á salvo, sin que fuese molestada su persona.

Despues de algunas instancias, los nobles aceptaron esta mision, que fué recibida por el jóven monarca de una manera que, si hemos de creer la anécdota que antes va referida, prueba que al fin el infortunio habia logrado doblegar un tanto aquel ánimo tan elevado. Consintió en la entrevista, aunque no debia ser aquel mismo dia sino al siguiente, en la gran plaza de Tlatelolco. Cortés muy satisfecho, regresó de la ciudad y ocupó de nuevo su posicion en la calzada.

(10) Y como lo llevaron delante de Guatemotzin su señor, y él le comenzó á hablar sobre la paz, disque luego lo mandó matar y sacrificar." *Relac. Terc.* apud Lorenzana, pág. 293.

(11) "Que pues ellos me tenían por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era en un dia y una noche, daba vuelta á todo el mundo, que por qué yo así brevemente no los acababa de matar, y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseos de morir y irse al cielo para su Ochilobus. (Huitzilopochtli), que los estaba esperando para descansar." *Ibid.* pág. 292.

A la mañana siguiente se presentó en el lugar señalado, apostando en él antes á Alvarado con un fuerte trozo de infantería, para prevenir una traición. La plataforma de piedra del centro de la plaza se cubrió con esteras y tapetes, y se preparó un banquete para que refrescasen el necesitado monarca y sus nobles. Hechos estos preparatorios, Cortés esperaba la hora de la entrevista.

Pero Guatemotzin, en vez de presentarse en persona, envió á los mismos nobles que le habían llevado la invitación del general, con quien excusaron la ausencia del monarca, alegando que se hallaba enfermo. Cortés, aunque disgustado por la falta del emperador, recibió cortesmente á sus embajadores, considerando que así podría grangearse los medios de entrar en comunicaciones con su señor. Los persuadió sin mucha dificultad á participar del banquete que se les presentó, en el que devoraban los platos con tal voracidad, que mostraba cuán severa había sido su abstinencia; y cuando los despidió, les dió una regular cantidad de provisiones para su amo, empeñándole en que consintiera en tener una entrevista, sin la cual era imposible ajustar sus diferencias.

A poco rato volvieron los embajadores indios conduciendo un presente de finas telas de algodón de poco valor, de parte de Guatemotzin, quien de nuevo se excusaba de venir á ver al general. Cortés, aunque profundamente disgustado, no quiso abandonar su intento. "Seguramente vendrá, dijo á los embajadores, cuando vea que os permito ir y venir desarmados, siendo como habéis sido enemigos míos tan resueltos como él durante la guerra. Nada tiene que temer vuestro amo (12)." Hízolos, pues, partir nuevamente prometiéndose tener su respuesta al día siguiente.

A la mañana próxima volvieron los gefes aztecas á los cuarteles cristianos, y anunciaron á Cortés que Guatemotzin tendría una entrevista con él al mediodía, en la plaza del mercado. El general fué puntual á la cita; pero en vano, porque ni el monarca ni sus ministros se presentaron. Era, pues, claro, que el príncipe indio no creía verdaderas las promesas del enemigo, tal vez porque el recuerdo de Montezuma le pasó por la imaginación. El general esperó tres horas, al cabo de las cuales, agotado su sufrimiento y sabiendo que los mejicanos estaban afanados haciendo preparativos de defensa, dió inmediatamente sus disposiciones para el asalto (13).

(12) "Y yo les torné á repetir, que no sabía la causa porque él se recelaba venir ante mí, pues veía que á ellos, que yo sabía que habían sido los causadores principales de la guerra, y que la habían sustentado, les hacía buen tratamiento, que los dejaba ir y venir seguramente, sin recibir enojo alguno; que les rogaba que le tornasen á hablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues á él le convenia y yo lo hacía por su provecho." Ibid. pág. 294, 295.

(13) Son inequívocos los testimonios de estos repetidos esfuerzos por parte de Cortés, para atraer á los aztecas á condiciones de paz. Además de su propia carta al emperador,

Los aliados habían sido dejados fuera de murallas, no queriendo Cortés ponerlos á la vista de la presa, antes de estar listos para soltar la trailla. Mas entonces dió orden para que se le reunieran; y apoyado por la división de Alvarado, marchó sobre los cuarteles del enemigo. Encontróle preparado para recibirle. Sus mas robustos guerreros ocupaban la vanguardia, cubriendo á sus camaradas que se hallaban ya estropeados. Había entre las filas varias mugeres y aun niños amontonados en las azoteas, desde donde, aunque sus semblantes y sus miradas estraviadas mostraban la estenuación de la hambre, maldecían y desafiaban con su ceño á los invasores.

Al adelantarse los españoles, arrojaron los mejicanos un espantoso grito de guerra y dispararon con su acostumbrado vigor nubes de flechas, mientras que las mugeres y los muchachos hacían llover desde su elevada posición abajo, dardos y piedras, pero con mano tan débil, que apenas hacían daño, y cuando se cerraron unos contra otros los combatientes, se hizo aun mas patente la falta de fuerzas de los aztecas. Sus golpes eran débiles y con incierta puntería, aunque algunos á la verdad, sea porque gozaban un físico mas vigoroso, ó porque la desesperación concentraba sus fuerzas, conservaron hasta el fin un ardor desesperado.

Los arcabuceros cargaron haciendo un fuego horroroso. Los bergantines contestaban con descargas no interrumpidas sobre el cuartel del otro lado, y los aztecas cercados por todas partes, como el ciervo rodeado por los cazadores, caían abatidos por todos lados. La matanza fué horrible. La tierra estaba completamente cubierta de montones de muertos; y los combatientes furiosos, se veían obligados á trepar sobre un terraplen de cadáveres, y allí continuaban la lid. El piso cenagoso se cubrió de sangre, la cual corría como agua, y tiñó de carmesí la agua de las acequias (14). Todo era desorden y confusión. Los espantosos aullidos de los bárbaros; los juramentos y execraciones de los españoles; los gritos de los heridos; los lamentos de mugeres y niños; los pesados golpes de los conquistadores; los últimos esfuerzos de sus víctimas; el estallido rápido y repetido de la mosquetería; el silbido de tantos proyectiles; el estruendo de los edificios que se desplomaban incendiados, sepultando bajo sus ruinas centenares de víctimas; y en fin, las densas nubes de polvo y de azufroso humo que lo cubrían todo con un espeso velo, formaban una escena capaz de aterrorizar aun á los soldados de Cortés, tan endurecidos por tantos crueles lances de guerra y por su larga familiaridad con

ador, véanse Bernal Diaz, cap. 155, Herrera, Hist. gen. lib. 2.º cap. 6 y 7, Torquemada, Monarqu. Indiana, lib. 4, cap. 100. Ixtlilxochitl. Ven. de los Esp. pág. 44 y 48. Oviedo, Hist. de las indias MS. lib. 33, cap. 29 y 30.

(14) "Corrían arroyos de sangre por las calles como pueden correr de agua cuando llueve, y con ímpetu y fuerza." Torquemada, Monarqu. Indiana lib. 4, cap. 103.

escenas de sangre y de violencia. "Los lamentables gritos de las mugeres y de los niños, dice el general, eran bastantes para despedazarse el corazón (15)." El mandó que se respetasen y que se diese cuartel á todos los que lo pidieren, cuya orden dió especialmente á los aliados, entre quienes tuvo que poner algunos hombres para refrenar su violencia (16); pero ellos formaban una máquina en movimiento, demasiado terrible para poderla sujetar. Mas fácil sería detener la furia de un huracán, que las iras de una horda de salvajes enfurecidos. "Jamás he visto, exclama, una raza tan cruel, ni nada que tenga forma humana tan destituido de humanidad (17)." Los aliados no hacían distinción de sexo ni de edad; y en esta hora de venganza, parecían querer tomarla por las injurias que habían ido acumulándose durante una centuria. Al fin, harto de tanta sangre, el general español mandó la retirada. Ya era tiempo, si fuere cierto lo que él mismo refiere, aunque parece exagerado, que perecieron cuarenta mil personas (18). Su suerte era envidiable, sin embargo, comparada con la de aquellos que sobrevivieron.

En la noche que siguió á este día, no se percibió ningún movimiento en el cuartel azteca. Ni se veía ninguna luz, ni se escuchaba ningún ruido, á excepción del hondo lamento que arrancaba la agonía á algún herido ó infeliz moribundo. Todo estaba obscuro y en silencio, como un sepulcro. El último golpe parecía haberlos azorado completamente. Habían perdido toda esperanza y descansaban en medio de la más dura desesperación, como el sentenciado que aguarda en silencio el golpe del verdugo; mas á pesar de todo, ninguna disposición mostraban á rendirse, y cada revés causaba impresión más profunda en los ánimos, llenándolos de un odio concentradísimo al enemigo. Todo estaba perdido: fortuna, amigos, familia, hogar; y contentos iban á sacrificar la vida, porque no tenían ya otra cosa que perder.

(15) "Era tanta la grita, y lloros de los niños y mugeres, que no había persona á quien no quebrantase el corazón. [Rel. Terc. ap. Lorenzana, pag. 296]. Era una raza temeraria y de dura cerviz, esclama su reverendo editor el Arzobispo, en un caritativo comentario. "*Gens dura cervicis, gens absque concilio.*" Nota.

(16) "Como la gente de la ciudad se salía á los nuestros, había el general proveído que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar á los amigos que no matasen aquellos tristes, que eran sin número. E también dijo á todos los amigos capitanes, que no consintiesen á su gente que matasen á ninguno de los que salían." Oviedo, Hist. de las Ind. MS, lib. 33, cap. 30.

(17) "La cual crueldad nunca en generación tan recia se vió, ni tan fuera de todo orden de naturaleza como en los naturales de estas partes." Rel. Terc. ap. Lorenzana, pag. 296.

(18) Ibid ubi supra. Ixtlilxochitl dice: que hubo 50.000 entre muertos y prisioneros en este mortífero combate. Ven. de los Esp. pag. 48.

Muy diferente era la escena que presentaba el enemigo cristiano, donde ensoberbecidos con sus recientes triunfos, todo era vida, bullicio y preparativos para la mañana siguiente. Fuegos artificiales alumbraban todas las calzadas: en todas las tiendas y barracas se veían brillar luces, y los ecos de la música y del regocijo sobre las aguas, proclamaban el júbilo de los soldados al ver tan cercano el término de la fatigosa campaña.

A la mañana siguiente el jefe español reunió nuevamente sus fuerzas, decidido á llevar al cabo el golpe del día anterior, antes que el enemigo tuviese tiempo para rehacerse, y á poner término á la guerra. Arregló con Alvarado la noche anterior que ocupase la plaza del mercado de Tlaltelolco, debiendo ser una descarga de arcabuces la señal para dar simultáneamente el asalto. Sandoval debía sostener la calzada del Norte y vigilar con la escuadrilla los movimientos del emperador azteca é impedirle su retirada hácia la tierra firme, como sabía Cortés que la tenía premeditada. Dejarle que la efectuara, hubiera sido dejar á sus inmediaciones un enemigo formidable que en cualquier tiempo podría encender la llama de la insurrección en todo el país. Cortés ordenó, sin embargo á Sandoval, que respetase su real persona y que no hiciera fuego sobre ningún enemigo, excepto en propia defensa (19).

Amaneció el memorable 13 de Agosto de 1521, en que se celebra San Hipólito, escogido por esta circunstancia por santo patrono de la moderna Méjico. En ese día por la última vez condujo Cortés sus belicosas huestes, para atravesar los incendiados y destruidos barrios que circundaban la capital azteca. Al entrar en los recintos enemigos, Cortés hizo alto, queriendo proporcionar á los infelices habitantes otra ocasión de escapar, ántes de descargar el golpe fatal. Logró obtener una entrevista con algunos de los principales caudillos y departió con ellos sobre la conducta de su soberano. "Seguramente, les dijo, no querrá veros perecer á todos, cuando tan fácilmente puede salvaros." Y los comprometió á que influyesen en el ánimo de Guatemotzin, persuadiéndole á tener con él una entrevista, y repitió las seguridades de dar garantía para su persona.

Marcharon los mensajeros á desempeñar su comisión, y en breve volvieron trayendo á su cabeza al *cihuacoatl*, que era un magistado de elevada autoridad entre los mejicanos, el cual dijo con acento melancólico que mostraba su propia esperanza burlada, que, "Guatemotzin estaba dispuesto á morir en su puesto; pero que no tendría ninguna entrevista con el jefe español," añadiendo con tono de resignación: "podeis obrar como os parezca."

(19) "A donde estaban retirados el Guatemuz con toda la flor de sus capitanes, y personas más notables que en Méjico había, y le mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra, é que aunque se la diesen que solamente se defendiese." Bernal Díaz, Hist. de la Conq. cap. 156.

“Id, pues, replicó con severidad el conquistador, y preparad á vuestros compatriotas para morir, porque es llegada su hora (20).”

Todavía difirió Cortés el asalto por algunas horas; pero la impaciencia de las tropas por causa de esta dilacion se aumentó extraordinariamente, por el rumor de que Guatemotzin y sus nobles se preparaban á huir con sus riquezas en piraguas y canoas, que se hallaban surtas á la extremidad de la laguna. Convencido de que mayor dilacion era sobre impolítica, inútil, Cortés dió sus últimas órdenes para el ataque, y se situó en una azotea que dominaba el teatro de las operaciones.

Cuando los asaltantes vinieron á las manos con los enemigos, los hallaron mezclados unos con otros de todos sexos y edades, en la mayor confusion y formando masas tan compactas que se empujaban unos á otros por sobre las orillas de la calzada y caian abajo al agua. Algunos se habian subido á las azoteas; otros que apenas se podian tener en pié, necesitaban apoyarse contra las paredes de los edificios. Sus asquerosos y escaseos harapos, dábanles un aspecto de la mayor rudeza selvática, la cual realizaban mas y mas la ferocidad de su expresion y las encendidas miradas que dirigian al enemigo, en las que se mezclaban el odio y la desesperacion. Luego que estuvieron los españoles á tiro de arco, los aztecas les dejaron caer una nube de impotentes proyectiles, mostrando así hasta el fin el ánimo mas resuelto, aunque habian perdido la fuerza que en mejores días gozaban. Dióse la terrible señal por la descarga de un arcabuz, seguido prontamente por el estruendo de la artillería gruesa, el estallido de las otras armas de fuego, y los infernales gritos que daban los aliados al arrojarse sobre sus víctimas. Es inútil manchar una página con la repeticion de los horrores del día anterior. Algunos de los destrozados aztecas se arrojaron al agua, de donde los recogian las canoas. Otros se echaban en las acequias y allí se ahogaban. El número de estos fué tan grande, que se formó con los cadáveres un puente sobre el cual pasaban los españoles á la orilla opuesta. Otros tambien, especialmente las mugeres, pedian cuartel, el cual, segun aseguran los historiadores, fué otorgado siempre por los españoles; y contra las instrucciones y aun súplicas de Cortés, negado por los aliados (21).

Durante esta terrible matanza, se observó que muchos huían en las barcas que cubrian la ribera, las cuales hacian la mayor diligencia por atrave-

(20) “Y al fin me dijo, que en ninguna manera el Señor vernia ante mí, y antes queria por allá morir, y que á él pesaba mucho de esto, que hiciese yo lo que quisiese; y como ví en esto su determinacion, yo le dije; que se volviese á los suyos, y que él y ellos se aparejasen porque los queria combatir y acabarlos de matar, y así se fué.” Rel. Terc. ap. Lorenzana, pág. 298.

(21) Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 30. Ixtlilxochitl, Venid. de los Esp. pág. 48.—Herrera historia, general déc. 3, lib. 2, cap. 7. Rel. terc. de Cortés, ap. Lorenzana, pág. 297 y 298.—Somara, crónica, cap. 242.

sar la laguna; pero constantemente fueron interceptadas por los bergantines que rompieron la débil línea de botes y dirigieron sus descargas á derecha é izquierda, cuando una multitud de ellos los asaltaron empeñosamente. La batalla se trabó con igual encarnizamiento en la laguna como en tierra. Muchas canoas fueron hechas pedazos ó echadas á pique. Sin embargo, algunas, cubiertas con el humo que era muy espeso sobre las aguas, lograron penetrar por entre aquella confusion y acercarse luego á la orilla opuesta.

Sandoval habia encargado especialmente á sus capitanes observasen los movimientos de las canoas, en alguna de las cuales era muy probable se hallase oculto Guatemotzin; y vieron que tres ó cuatro de las piraguas mas grandes, ligeramente surcaban el agua y á todo su andar procuraban atravesarla rápidamente. Un capitan, llamado Garcia de Holguin, que mandaba uno de los mejores veleros de la flota, les dió caza al instante. El viento era favorable, y á cada momento se acercaba mas á los fugitivos, que bogaban con un vigor que solo la desesperacion podia darles; pero en vano, porque despues de seguirlos un corto tiempo, Holguin atracó al costado de una de las piraguas, la cual, ya sea por su aspecto, ya porque le hubiesen informado de ello, conjeturó llevaria á su bordo al emperador azteca, y á la que mandó á su gente dirigir la puntería de sus arcabuces. Pero antes de dispararlos, se oyó un grito que salia de la piragua, diciendo que allí iba su señor. Al instante se mostró en pié, y armado con escudo y *maquahuill* un jóven guerrero, como en actitud de abrirse paso por entre los españoles; mas luego que el capitan Holguin mandó á estos que no tirasen, solió aquel sus armas, exclamando: “Yo soy Guatemotzin, llevadme ante Malinche: soy su prisionero; pero no se toque á mi esposa ni á los que me acompañan (22).”

Holguin le aseguró que sus deseos serian obsequiados y le ayudó á traspasarse al bergantin, en union de su muger y de su séquito, que se componia de veinte personas, entre las cuales se hallaban Coanaco el señor destituido de Tezcucó, el señor de Tlacopan y algunos otros caciques y principales, cuyo rango probablemente los eximió de las calamidades generales del sitio. Cuando los prisioneros estuvieron sentados sobre la cubierta del bergantin,

(22) Ixtlilxochitl, venida de los Esp. pág. 49.

“No me tiren que yo soy el rey de Méjico, y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi esposa ni á mis hijos, ni á ninguna muger, ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche.” Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 156.

M. de Humbolt tomó empeño en identificar el sitio donde fué hecho prisionero Guatemotzin, que hoy es tierra en seco, y considera haber sido en algun punto entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago Tlatelolco y el puente de Amaxac, Ens. Polit. tomo 2.º pág. 76 (a).

(a) Una antigua tradicion dá por cierto que la prision de Guatemotzin se verificó en el puente que se llama del Clérigo, entre los límites designados por Humboldt.

Holguin suplicó al príncipe azteca hiciese poner fin al combate, mandando á su gente que se hallaba en las otras canoas, se rindiese; pero con aire abatido replicó: "No es necesario: no pelearán ya mas, cuando vean que su príncipe ha sido apresado." Así fué: las noticias de la aprehension de Guatemotzin se difundieron rápidamente entre la flota y en la ribera, donde todavía los mejicanos sostenian el conflicto con sus enemigos. Sin embargo, cesó la lucha: los mejicanos ya no hicieron mas resistencia, y los que se hallaban en la laguna, pronto siguieron á los bergantines que convoyaban á tierra á su monarca. Parece que si la lucha se sostuvo tan largo tiempo, fué mas bien para divertir la atencion del enemigo y cubrir la retirada del emperador (23).

Al recibir Sandoval las noticias de su aprehension, atracó su propio bergantin al costado del de Holguin, exigiendo que el real prisionero le fuera entregado; á lo que aquel se negó, reclamándole como presa suya, sobre lo cual se trabó entre ellos una disputa, ambicionando ambos la gloria de la hazaña, y acaso tambien el privilegio de traerla á la memoria de la posteridad en sus escudos de armas. Tan porfiada fué la cuestion, que llegó á oídos de Cortés, quien desde su puesto en la azotea habia sabido, con no poca satisfaccion, la aprehension de su enemigo. Envió al momento sus órdenes á sus oficiales pendencieros, para que le presentasen á Guatemotzin, ofreciéndoles ajustar las diferencias que entre sí tenían (24), y encargándoles al mismo tiempo tratasen con respeto al prisionero. El tambien se preparó á recibirle: mandó entapizar la azotea con esteras y con paño carmesí, y preparar una mesa con provisiones, de que tanto necesitaban los infortunados aztecas (25).

(23) Por lo que toca á la relacion de la aprehension de Guatemotzin, referida con poca diferencia, aunque con mas ó menos pormenores, lo mismo por varios escritores; véase á Bernal Diaz, *Ibid.* ubi supra. *Rel. Terc. de Cortés*, pág. 299. Gonzalo de las Casas, *defensa MS.* Oviedo, *Hist. de las indias*, MS. lib. 33, cap. 30. *Torquemada Monarch. Ind.* lib. 4.º cap. 101.

(24) El general, segun Diaz, reprendió á sus oficiales su inoportuna disputa, recordándoles los perniciosos resultados de una disputa semejante, entre Mario y Sila, con respecto á Jugurta. (*Hist. de la Conq.* cap. 156). Este trozo de pedantería huele mas al mismo cronista que á su comandante. El resultado de todo, bastante comun en tales cosas, fué que el emperador concedió, no á los que lo disputaban, sino á Cortés el derecho exclusivo de tener un recuerdo de la aprehension de Guatemotzin, colocando su cabeza y las de otros siete príncipes prisioneros en la orla de su escudo (a).

(25) Sahagun, *Hist. de N. Esp.* lib. 12, cap. 40, MS.

(a) Es un error del autor: lo que se concedió á Cortés fué, que en el cuartel de arriba de la izquierda de sus armas, pusiese tres coronas de oro en campo negro, la una sobre las otras dos, por recuerdo de haber vencido á los tres señores de Méjico, Montezuma, su hermano Cuiclahua, y Guatemotzin. Véase la cédula de la concesion de las armas á Cortés en el apéndice al 2.º tomo de las *Disertaciones históricas* de D. Lucas Alaman, tom. 2.º, fol. 3. Las siete cabezas no dice la cédula á quien hacen relacion, aunque Bernal Diaz, *Cap. CCIV*, dice ser á estos mismos, y otros príncipes, aunque no se asegura en su aserto.

Su amable india Doña Marina estaba presente al acto, como intérprete. Habiéndose hallado al lado de Cortés durante todas las terribles escenas de la conquista, presenció ahora tambien su gloriosa terminacion.

Guatemotzin al llegar á tierra, fué escoltado por una compañía de infantería hasta la presencia del general español. Subió á la azotea con paso grave y reposado, y era fácil distinguirle de los demas nobles de su séquito, aunque sus grandes ojos negros no centellaban ya con sus acostumbrados fuegos, y en sus facciones se pintaba una resignacion pasiva, que ocultaba la fiereza y esfuerzo de ánimo que dentro de él ardia. Su cabeza era grande, sus miembros bien proporcionados, su color mas claro que el del comun de sus bronceados compatriotas, y toda su apostura singularmente blanda y atractiva (26).

Cortés se adelantó á recibirle con estudiada y magestuosa cortesía. Probablemente el monarca azteca conocia la persona del conquistador. (a) Por lo que rompió el silencio primero, diciendo: "He hecho cuanto podia para mi defensa y la de mi pueblo. Estoy ahora en este estado; tratadme, Malinche, como os plazca." Poniendo luego la mano sobre el puño de un puñal que tenia ceñido á su cintura el general, añadió con vehemencia: "Dadme mas bien con esta arma y libradme de la vida de una vez (27)." Cortés estaba lleno de admiracion hácia el altivo porte del jóven bárbaro, que así mostraba en sus reveses un ánimo digno de los antiguos romanos. "No temais, le replicó, seréis tratado con toda honra. Habeis defendido vuestra capital como valiente guerrero; y los españoles saben respetar el valor aun en sus enemigos (28)." Le preguntó en seguida dónde habia

(26) Para el retrato de Guatemotzin, vuelvo á valerme del exacto pincél de Diaz, que conoció bien al menos la persona del emperador. "Guatemuz era de muy gentil disposicion, así de cuerpo como de facciones y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecian que cuando miraba que era con gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos, y era de edad de veintitres ó veinticuatro años, él y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esos otros indios morenos." *Hist. de la Conq.* cap. 156.

(27) "Llegóse á mi, y dijome en su lengua: que ya él habia hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse á sí y á los suyos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese de él lo que yo quisiese, y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome, que le diese de puñaladas y le matase." (*Rel. Terc. de Cortés apud Lorenzana*, pág. 300). Esta notable relacion del conquistador se confirma por Bernal Diaz, quien no parece que hubiera visto la carta de su comandante, *Hist. de la Conq.* cap. 156.

(28) *Ibid.* cap. 156. Tambien Oviedo, *Hist. de las Ind.* MS. lib. 33, cap. 48, y Martyr (*De Orbe Novo Decad.* 5, cap. 89); quien con el epíteto de *magnánimo regi*, atestigua la admiracion que el elevado ánimo de Guatemotzin excitó en la corte de Castilla.

(a) No podia ménos de conocer bien Guatemotzin á Cortés á quien habia visto muchas veces en la corte de Moctezuma.